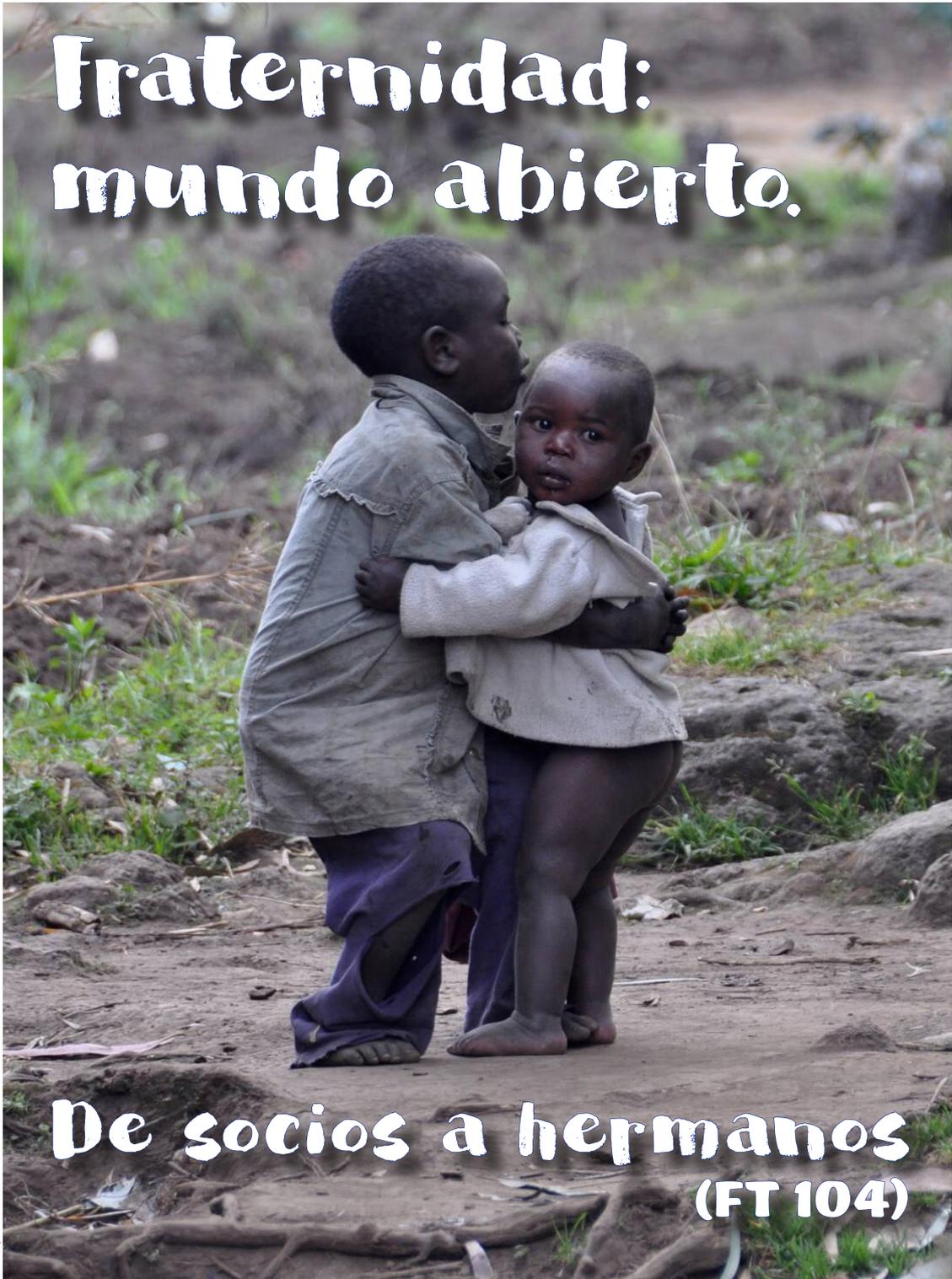


Fraternidad: mundo abierto.



De socios a hermanos (FT 104)

Cuaresma 22



Introducción

Cuaresma es un tiempo propicio para la fraternidad. Decimos en la liturgia que nos proponemos en estos días «avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud». Y efectivamente ese es el contenido del itinerario cuaresmal.

La humanidad está sedienta de fraternidad. Es su vocación, aunque muchos signos nos anuncien que es una fraternidad dormida. Por eso es tan urgente despertar ese sueño que hace real la vocación de pueblo de la Alianza. Y además hemos de hacerlo superando la tentación de las palabras: ¿sabemos decir tantas cosas sobre la fraternidad!, para fijarnos en la Palabra. Aquella que sustenta y hace vida gestos y actitudes de Reino.

Dice el papa Francisco que la pandemia nos ha dejado una enseñanza positiva y es la conciencia de que en la vida hay pocas cosas esenciales. Es el momento de apoyarse en ellas y hacerlas fecundas. Sin duda, hemos aprendido mucho del valor de la fraternidad o ser con otros, pero también quedan en nosotros gérmenes de egoísmo y de visión miope que nos lleva a pensarnos u ofrecernos como paradigma para otros.

Nos ha inspirado la reconstrucción de la fraternidad, Fratelli tutti. Concreta, directa e inspirada. Una nueva visión que nos invita a salir de lo conocido y a recrearnos comprometidos, como humanidad, en la amistad social y la casa común. Buen signo de ello son los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) que ponen luz sobre la necesaria salida de una visión intimista del compromiso cristiano para hacernos corresponsables de la construcción de un mundo-hogar.

Es el momento de levantar la mirada, reconocernos plurales, distintos, pero en un camino común. Es el momento de reconstruir nuestra «casa común» sin privilegios de socios, para poder ser hermanos. Cuaresma es el momento de la fraternidad, aquella que es posible y real y se manifiesta en las búsquedas sinceras que toda persona, de momento, guarda en su corazón. La Palabra de estos días, meditada y acogida, creará un clima posible para que cada uno –cada una– abra su verdad. Y esta, iluminada por Dios, se convierte en signo de la riqueza de ser humanidad complementaria y fraterna llamada a caminar bajo la inspiración del Espíritu. El que hace posible que toda divergencia se transforme en riqueza.

¡Buen camino cuaresmal!

Luis Alberto Gonzalo Díez, cmf.
Director de la revista Vida Religiosa

Reflexión

«Hoy pongo delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal». (Dt 30,15). Nada es tan complejo en la vida de una persona como la elección. Al hacerlo, irremediablemente, renunciamos a infinidad de posibilidades. Pero la vida es elección y, en consecuencia, una construcción que depende de nuestra libertad.

Iniciar un proceso cuaresmal puede significar este año el fortalecimiento de nuestra libertad. Para hacerlo hemos de preguntarnos, sin miedo, por los signos de nuestra libertad y también de nuestra esclavitud. En la medida que nuestro vivir sea buscar y seamos nosotros protagonistas de esa búsqueda seremos, en verdad, libres.

No es fácil, sin embargo, detectar nuestras esclavitudes. Algunas están muy incrustadas. Tanto que, incluso, las consideramos inherentes a la libertad. Sin embargo, cuando nos situamos en la encrucijada de la elección y opción por Dios, fácilmente descubrimos hasta qué punto no hay nada que nos impida ser, pensar y actuar como hombres y mujeres de Dios.

Oración

Señor, me doy cuenta
de que todo lo que me pides
es un simple «sí»,
un simple acto de confianza
para que, de este modo,
la elección que tú haces por mí
dé frutos en mi vida.

(Rojano-Ruiz, Jóvenes y espiritualidad, 2021).



Foto: Catholic.com

Reflexión

«Éste es el ayuno que yo quiero» ... nos dice Dios en la lectura del profeta Isaías. Y además, por si no fuese incisivo, entra en detalles de cómo liberar, desatar, compartir y entregar... ¿Qué hemos hecho con nuestras propuestas de fe? ¿En qué hemos reducido nuestra práctica como cristianos? Cuando los ritos se desvinculan de la vida, caen en el vacío, son inexpresivos y, en consecuencia, no abren el compromiso ni nos llevan a la comunión. En este viernes de cuaresma hemos de preguntarnos sobre la verdad de aquello que decimos creer y qué consecuencias tiene para nuestra vida. Es una oportunidad renovada para contemplar la realidad y sentir cómo el espíritu que nos habla a través de todo lo creado nos pide gestos nuevos, comprensibles y claros de compromiso con la humanidad. Aquello que creemos y compartimos en fe en el contexto de la comunión y celebración tiene consecuencias de transformación y liberación en nuestro pueblo. Y estas han de ser concretas, visibles y nuevas.

Oración

Que los caminos de Reino pasan siempre
por la vida de los hermanos y hermanas.

Que el conocimiento de ti,
y la búsqueda de tu verdad,
no se aleja de la fraternidad
y la amistad social que tú nos
invitas a construir.

Ayúdanos a comprender Señor.



Foto: Catholic.com

Reflexión

Seguramente nada nos defina mejor que la frase que meditamos en el evangelio de hoy: **«No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores»**. Esa es nuestra identidad: la de necesitados. La llamada vocacional de Leví (Mateo) es el paradigma de toda llamada a la fe. Ha de haber conciencia de salida, conciencia de búsqueda y conciencia de iniciar un nuevo camino. Y para que se de esa experiencia es imprescindible la asunción de la propia realidad antropológica, el propio pecado. Solo desde esa situación de necesidad, se asumen los principios de la fe como generativos de un nuevo estilo de vida.

Es probablemente la batalla más grave que hemos de librar en nuestro interior. Asumir la realidad de necesitados y pecadores, porque es desde esa conciencia de limitación desde la que únicamente nos podemos encontrar con Dios. La necesidad de nuestro pecado, aunque resulte paradójico, es nuestra mejor posibilidad para descubrir el auténtico rostro de Dios-Padre. Sin conciencia de debilidad no nos encontramos con el Dios verdadero, sino con aquella imagen de dios que la propia autosuficiencia ha generado.

Oración

Señor, en este día ayúdanos a agradecer tu llamada a ser persona, a ser discípulo y a ser hermano.

Ayúdanos a tomar conciencia de humanidad, a necesitarte y necesitarnos en una búsqueda constante de camino y bien común.

Permite que entendamos que seguirte, exige en primer lugar asumir nuestra propia historia, ponernos en camino y asumir que lo grande, bueno y santo de nuestra vida eres solo Tú.



Foto: Pixabay.com

Reflexión

«**Di a la comunidad**» dice el Señor a Moisés en la primera lectura de este día. Estamos convocados a vivir una experiencia de gracia compartida. Somos discípulos juntos, unidos, en diálogo, desde el encuentro. Los valores del Reino suponen una visión nueva e inédita. Sorprendente. Solo posible cuando es compartida y escuchada en las vidas de aquellos y aquellas con quienes nos comprometemos. Son valores eternos que, sin embargo, necesitan la concreción de un estilo de vida que cuide la humanidad, que sostenga la fraternidad. Todo un reto de innovación: descubrir en la vida del otro los signos palpables del Reino, aprender a mirar la realidad con los ojos que nos regala la convivencia intensa con otros. Dejar que resuene una vez más en nuestra vida el mensaje de Francisco en la Plaza de San Pedro vacía durante la pandemia: «No somos autosuficientes; solos, solos, nos hundimos».

Oración

Te doy gracias, Padre, porque me has dado hermanos.

Todos son un regalo para mí,
un verdadero "sacramento",
signo sensible y eficaz de la presencia de tu Hijo.

Dame la mirada de Jesús para contemplarlos,
y dame su corazón para amarlos hasta el extremo;
porque también yo quiero ser,
para cada uno de ellos,
sacramento vivo de la presencia de Jesús.

(Ángel Sanz Arribas, cmf)



Foto: Pixabay.com

Reflexión

El texto del profeta Isaías que meditamos hoy nos permite disfrutar la fe. La lluvia fecunda misteriosamente la tierra, así es la Palabra que nunca cae en el vacío. Necesitamos fortalecer la esperanza porque tantas veces puesta en nuestras propias fuerzas, cae con frecuencia en el desconcierto y en el descontento. La clave es aprender a mirar como Dios mira; a escuchar como él lo hace; a esperar con su paciencia infinita que de todos espera y a todos acoge. Estos valores, evidentemente no salen de nuestra humanidad, pero sí se ejercitan cuando aprendemos a situar la posibilidad en quien la tiene: el misterioso Espíritu de Dios que sopla y sostiene con su gracia cuando quiere y como quiere. Seguramente nada hay tan difícil para los hombres y mujeres de nuestra generación que dejarnos hacer misteriosa y milagrosamente por Dios. Ese es el reto.

Oración

El árbol toma cuerpo,
y el agua melodía,
tus manos son recientes en la rosa;
se espesa la abundancia
del mundo a mediodía,
y estás de corazón en cada cosa.

No hay brisa, si no alientas,
monte, si nos estás dentro,
ni soledad en que no
te hagas fuerte.

Todo es presencia y gracia.

Vivir es ese encuentro:
Tú, por la luz; el hombre,
por la muerte.

(José Luis Blanco Vega)



Foto: Catholic.com

Reflexión

«**Ponte en marcha y ve a la gran ciudad...**» dice Dios a Jonás... Ponte en marcha y ve a la calle, donde las personas se juegan la vida y buscan su esperanza. Ponte en camino y ve, porque la misión es «despertar el sueño de fraternidad». No te quedes en lo sabido. No te conformes con aquello que te da seguridad. El mensaje cuaresmal por excelencia es salir de uno mismo y romper con aquello que condiciona nuestro pensamiento y libertad. A veces nuestros condicionamientos para no crecer o comprometernos con la fraternidad tienen apariencia de compromiso y responsabilidad: iría, pero tengo que atender lo mío. Me comprometería, pero, seguramente dejaría al descubierto lo que tengo que hacer. Por eso necesitamos volver a hacer nuestro ese mandato: «Ponte en marcha...» y sal de ti mismo o misma y descubre la verdad de la vida; escucha el sentir de los demás; haz tuyas sus situaciones y visiones y coopera, sin protagonizar, la construcción de la fraternidad.

Oración

Jesús, tú eres el Camino:
contigo nada me falta;
en verdes praderas me haces recostar;
me conduces hacia fuentes tranquilas
y reparas mis fuerzas;
me guías por el sendero justo.
Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo porque tú vas conmigo.
Tu vara y tu cayado me sosiegan.
(Para orar en el «camino»).



Foto: Catholic.com

Reflexión

«**Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá...**» nos dice hoy el evangelio de Mateo. Y se trata de la actitud más sincera de un cristiano que busca la fraternidad. No está garantizada seguridad alguna conforme a nuestros propósitos o planteamientos iniciales, sino absoluta confianza en la sorpresa de Dios. Pedir, buscar y llamar son tres verbos imprescindibles para la vida. Nos sitúa en el lugar correcto del diálogo con Dios. Quien pide, busca y llama se hace consciente de su debilidad y suplica la fuerza de aquel que la tiene: Dios. No condiciona, ni compra la respuesta de Dios porque entiende que esta se inscribe en la absoluta libertad de quien crea y quiera a la humanidad. Justamente la confianza en ese amor incondicional va haciendo posible que nuestras vidas, cada vez más, se acerquen a la aceptación de la voluntad y libertad de Dios-Padre.

Oración

*Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
Tengo días y días,
y ocurre que hoy me veo capaz de comerme el mundo,
pero mañana es el mundo el que me come...
Y entonces me vienen a la cabeza tus discípulos en la barca,
como cuando estalló aquella tormenta,
y Tú seguías durmiendo.
Y ellos estaban seguros, aunque no lo sabían.
O pienso en aquel centurión
que necesitaba sólo de tus palabras para que su criado quedara sano.
Me fío de ti, y miro de otra manera mis problemas,
y es que confiar en ti, en tu proyecto, en tu presencia,
me abre las puertas a otra forma de afrontar cada jornada
(PastoralSJ)*

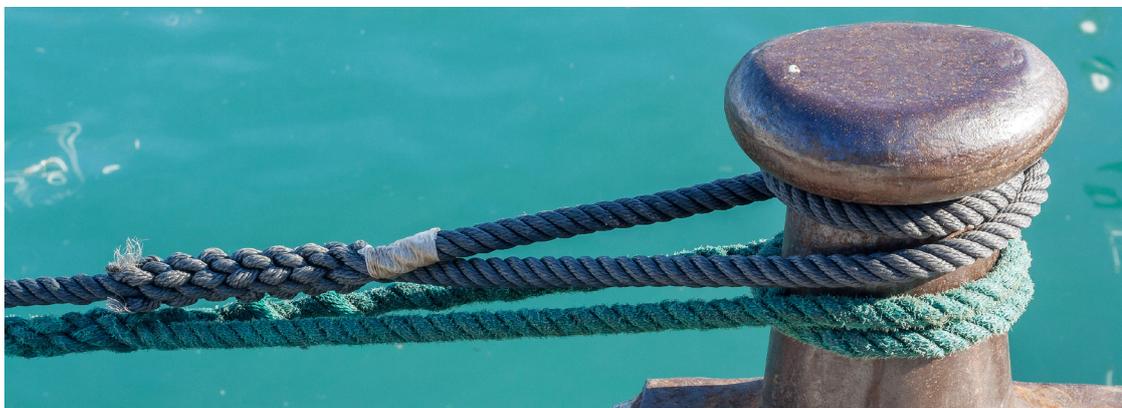


Foto: Catholic.com

Reflexión

En el evangelio de este día explícitamente se nos indica qué es más urgente: **«vete primero a reconciliarte con tu hermano»**. Es una buena jornada para reflexionar sobre la autenticidad de nuestra fe o la cercanía que tienen nuestras palabras, cuando celebramos; y nuestros gestos, cuando vivimos, compartimos, descansamos o trabajamos.

La gran tarea no es otra que construir la fraternidad. Hacerla posible y, en sí, capaz de transformar el rostro de la vida y las relaciones. En ella se apoya la verdad del seguimiento de Jesús, haciendo así comprensible la esencialidad del Reino: el amor. Nuestra vida cristiana está intranquila e insatisfecha, porque nuestra fraternidad está herida y, en sentido estricto, no podemos acercarnos a Dios cuando en nuestro corazón no tenemos sitio para todos; cuando en nuestra vida no experimentamos la reconciliación como consecuencia primera de los valores que decimos creer. No existe experiencia de comunidad si no existe el perdón.

Oración

Señor pon luz en mi vida,
permíteme acercarme a las personas
y acontecimientos limpiamente, sin juzgarlos.
Recibiendo lo que ofrecen, acogiendo lo que enseñan,
entendiendo lo que dicen.
Libera mi corazón de la sospecha
para que descubra tu verdad y ayúdame a entender
y agradecer que estás presente en todo encuentro,
todo abrazo, todo reconocimiento
y todo gesto de misericordia y perdón
como celebra nuestro mundo.

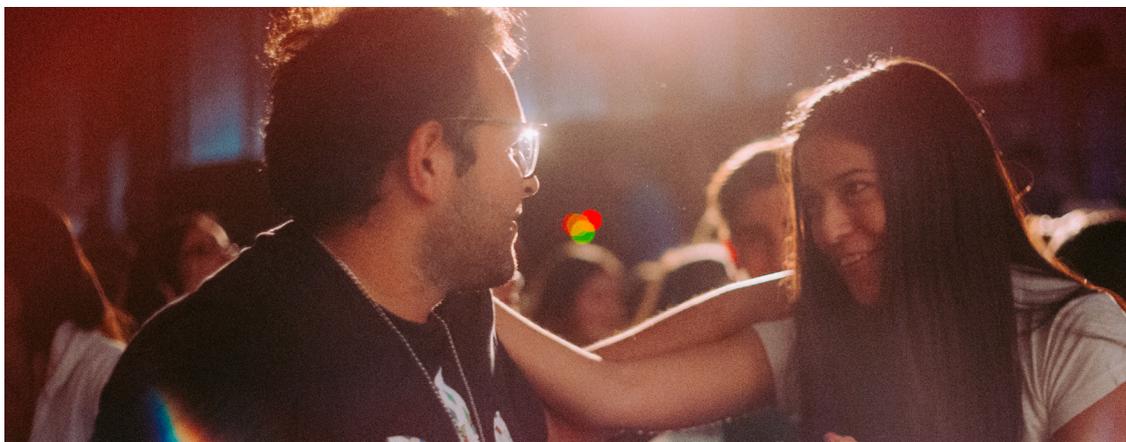


Foto: Catholic.com

Reflexión

«Serás el pueblo santo del Señor...» leemos en la primera lectura de este día. «**Tú serás mi pueblo y yo seré tu Dios**» la inquebrantable alianza que el Padre establece con la humanidad para todos los tiempos. Es esa pertenencia la que posibilita los sueños mayores y mejores. La que consigue que cada mujer y cada hombre en contacto con la Palabra, en el contexto de la comunidad, dé lo mejor de sí, al servicio del bien común. La Alianza es la garantía de la pertenencia porque sitúa nuestra adhesión a la fe, lejos de la propia voluntad, y muy cerca de la gratuita elección de Dios. Tomar conciencia de pertenecer al pueblo convocado a la fraternidad, abre los poros de cada persona para poder ser discípulo. Siempre su gracia no nuestra fuerza; siempre su libertad no nuestro capricho; siempre su fidelidad no nuestro prestigio. Mirar a quien sostiene la Alianza, da autenticidad a nuestras realizaciones de alianza: comunidades de vida y grupos de fe.

Oración

Renueva Señor tu Alianza con mi vida,
líbrame de la tentación de contemplarme
y quedarme con mi escándalo.

Abre mi entendimiento y mi fe
para reconocer tu grandeza que al elegirme con otros y otras,
me dices que te encanta la diferencia,
la complementariedad, la misericordia y el perdón.

Te encanta la Alianza
con cada uno y con todos y nunca, jamás,
te escandalizas o cansas.



Foto: Catholic.com

Lectura

«**Sed misericordiosos...**» nos dice hoy el evangelio. Y es todo un compromiso de fraternidad. Todo un ejercicio de donación y vaciamiento. Misericordia es una tensión evangélica de primer orden. No es una palabra fácil o suave; es radical. Ser misericordiosos exige no solo palabras evangélicas, también actitudes comprometidas. La misericordia nos capacita para el encuentro pleno con las personas, nos lleva a ponernos en su lugar y así asumir como propio su sufrimiento y su paz. Construye la fraternidad y la hace fecunda capacitándola para la misión. Es la «viga maestra» sobre la que se apoya la fe.

Urgidos por una mirada de misericordia ante la realidad se libera la solidaridad y el perdón, se hace realidad la comunidad y el seguimiento de Jesús porque nos capacita para para la comprensión de la vida desde la lógica del Reino y la ruptura con la estructura cruel de entender el mundo como mercado.

Oración

Haz que cada uno de nosotros
escuche como propia la palabra
que dijiste a la samaritana: ¡Si conocieras el don de Dios!
Tú eres el rostro visible del Padre invisible,
del Dios que manifiesta su omnipotencia
sobre todo, con el perdón y la misericordia:
haz que, en el mundo, la Iglesia
sea el rostro visible de Ti, su Señor, resucitado y glorioso
(Oración del Año de la Misericordia)



Foto: Catholic.com

Reflexión

Pocas expresiones tan duras de Jesús en el evangelio como la que se nos propone hoy: **«pero no hagáis lo que ellos hacen»**. No denuncia solo la incoherencia sino la incapacidad de ponerse en el lugar del otro. Probablemente esta ha sido nuestra dificultad más grave como cristianos: tender a una perfección que, sin vivirla, sin embargo, no nos resistimos a exigirla a los demás. Se trata del anti-testimonio más elocuente de la comunidad cristiana frente al que hemos de estar muy atentos en nuestro tiempo. La sociedad necesita la Iglesia como referente de Reino; como comunidad de débiles que se saben reconocidos y salvados por pura gratuidad de Dios. Repele, sin embargo, a quienes utilizando y exigiendo una perfección que no viven se permiten la licencia de juzgar e interpretar todo lo que ven bien o mal fuera de sí. Es un día para asumir la debilidad y el pecado que paradójicamente es nuestra fuerza para dejarnos encontrar por un Dios siempre desvivido y atento a aquellos que son conscientes de su debilidad.

Oración

La sinceridad solo comienza
cuando se entiende el misterio de la flaqueza humana.

Cuando se sabe que la misericordia divina
tiene motivo para querernos eternamente frágiles.

Cuando se acepta la condición humilde
de criatura venida del barro y al barro vuelta.

Ahí, comienzan a caer las máscaras,
el palco se vuelve inútil

porque se puede, en fin, ser flaco entre los flacos
criatura entre las criaturas.

(Helder Cámara).



Foto: Pixabay.com

Reflexión

Confundir el seguimiento de Jesús con la obtención de algún privilegio está presente en la comunidad de discípulos y discípulas desde el comienzo de la historia. Hoy tenemos la versión de Mateo donde esta madre de los hijos de Zebedeo quien hace la petición a Jesús: **«Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda»**. Y hasta nos podemos escandalizar por el atrevimiento y la falta de autenticidad. Sin embargo, si nos miramos con un poco de atención, ¿no estará más presente de lo que pensamos esta tentación en nuestras comunidades? ¿no es una dificultad constante de nuestra propia vida? El descubrimiento de Jesús el Señor desde la fe provoca en el corazón del ser humano la satisfacción plena de su realización. La alegría es el seguimiento, la proximidad y la experiencia de un corazón se enancha porque lee la vida y las relaciones desde el Reino. Cuando nos peleamos por una silla, un puesto, un cargo o responsabilidad; cuando no aceptamos a quienes viven con nosotros la experiencia de fe... No nos justifiquemos diciendo que ha crecido el espíritu crítico, sencillamente se ha debilitado la fe y hemos transformado la comunión en negocio.

Oración

Para librarte de ti mismo,
lanza un puente más allá del abismo de la soledad
que tu egoísmo ha creado.

Intenta ver más allá de ti mismo.

Intenta escuchar a algún otro
y sobre todo prueba en esforzarte por amar
en vez de amarte a ti solo...

si quieres ser libre,
tienes que librarte ante todo del exceso de poseer
que tanto te llena, de pies a cabeza.

(Helder Cámara).



Foto: Pixabay.com

Reflexión

La verdad se encierra en el corazón. Nada hay tan difícil como llegar a descubrir, sin embargo, su verdad nos dice el profeta Jeremías en la primera lectura de hoy. Y este descubrimiento al que probablemente todos hemos llegado en nuestra vida nos puede facilitar la aceptación y comprensión de la ambigüedad de los demás. En nuestro interior al lado de los deseos más nobles, se agazapan los más perversos. La existencia no es otra cosa que un trayecto en el cual vamos haciéndonos conscientes de que cada uno, cada una, somos necesitados de comprensión, aceptación y misericordia. Nada tan humano y tan divino como asumir esta paradoja de nuestra existencia. Las visiones duras o maniqueas de la vida de los demás, además de alejarnos de la fraternidad, nos alejan también de Dios que asumió nuestra humanidad justamente para redimir la impotencia de buscar siempre lo noble, bueno y bello.

Oración

Señor hoy te agradezco mi humanidad.
Incluso más, quiero agradecer mi pecado.
Sobre todo, cuando me doy cuenta
porque así siento tu complicidad y amor manifiesto
que es tu misericordia y paz.
Me caigo, es verdad. Y lo hago con frecuencia.
Pero cuánto disfruto cuando te oigo al oído:
Ven, levántate, te espero.
Sabes que puedes empezar de nuevo.



Foto: Pixabay.com

Reflexión

El libro del Génesis nos hace pensar hoy en nuestros corazones heridos de envidia. Y lo escenifica gráficamente con los hermanos de José. Nos dice el texto que **«lo vieron desde lejos y, antes de que se acercara, maquinaron su muerte»**. Incapaces de una mirada normal, la envidia consiguió infectar todos sus sentidos de manera que ya no satisfacían su vida sino era acabando con José y sus sueños y utopías. La sabiduría de los textos sagrados es más que evidente en cuanto nos reflejan el rostro de Dios y, detalladamente, el rostro del ser humano. El mejor modo de sanar nuestra fraternidad es ponerle nombre a nuestras envidias, reconocer nuestra fragilidad y poder verbalizarla. El amor de Dios es tan grande que llega a toda existencia y consigue hacerla feliz. No siempre somos conscientes de ello, por eso continuamente podemos estar sospechando que lo que el otro disfruta podría ser nuestro. Sin embargo, el camino de la humanidad en su sueño fraterno es aprender a disfrutar del mayor bien, el encuentro.

Oración

Cúrame, Señor, cúrame por dentro,
como a los ciegos, mudos y leprosos,
que te presentaban.

Yo me presento.

Cúrame el corazón, de donde sale,
lo que otros padecen
y donde llevo mudo y reprimido
el amor tuyo, que les debo.

Despiértame, Señor, de este coma profundo,
que es amarme por encima de todo.

(Ignacio Iglesias, SJ – PastoralSJ)



Foto: Pixabay.com

Reflexión

Hoy celebramos la solemnidad de San José en medio de nuestro itinerario cuaresmal. El evangelio nos lo presenta con una sencillez desconcertante: **«José, el esposo de María, de la cual nació Jesús»**. Nada más. Nada menos. Una presencia necesaria, imprescindible. Una presencia que es, en sí, la posibilidad de que el misterio de la Salvación llegue a todos, sea para todos.

José hace posible la fraternidad, porque la esencia de la misma es permitir que los demás sean. Encarna el ejemplo más claro, a penas una mención, mientras posibilita que Jesús crezca, camine, proyecte y sirva. Es, en verdad, como nos recordó el papa Francisco un «padre en la ternura» porque esa gracia es la que puede liberar a nuestra humanidad de las esclavitudes que la impiden presentarse como fraterna y reconciliada. La ternura es dinamizadora y nos da una visión responsable de la vida de las personas que conduce al compromiso para que cada quien pueda desarrollar lo mejor al servicio de los demás. La fraternidad es posible, necesita personas que como José, comprometan su vida para ser un «relato silencioso de una vida gastada por amor» (Rino Cozza).

Oración:

Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.
Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.
(Papa Francisco, *Patris Corde*)



Foto: Catholic.com

Reflexión

Dice Jesús en el evangelio de hoy que **«ningún profeta es aceptado en su pueblo»**. Y la historia y la vida nos dice tozudamente que así es. La propuesta de un mundo fraterno que pretende desencadenar Fratelli tutti tiene que romper su mayor dificultad que reside en los grupos y comunidades de vida que han recibido el don de la fraternidad. Y es que al lado del sueño de solidaridad que sostiene toda vida en comunión, también aparece la red del pecado que debilita ese milagro. La falta de reconocimiento y apoyo; la dinámica de la sospecha y la limitación de la creatividad de quienes tenemos al lado pueden estar silenciando y deteniendo la profecía más de lo que sospechamos. El papa Francisco nos ha hablado de la necesidad de reconocimiento de los «santos de la puerta de al lado» y será ese reconocimiento el que dé validez a nuestras palabras solemnes que gritan y exigen la solidaridad universal. El reto para esta cuaresma puede pasar por una decisión sencilla: empezar a reconocer a los profetas de nuestra tierra. Incluso más, empezar a reconocer la profecía que reside en cada uno de nosotros.

Oración

Dónde está tu luz
Dame, Señor, tu mano guiadora.
Dime dónde la luz del sol se esconde.
Dónde la vida verdadera.
Dónde la verdadera muerte redentora.
Que estoy ciego, Señor,
que quiero ahora saber.
Anda Señor, anda, responde
de una vez para siempre. Dime dónde
se halla tu luz que dicen cegadora.
Dame, Señor, tu mano. Dame el viento
que arrastra a Ti a los hombres desvalidos.
O dime dónde está, para buscarlo.
Que estoy ciego, Señor. Que ya no siento
la luz sobre mis ojos ateridos
y ya no tengo Dios para adorarlo.
(Jacinto López Gorgé)



Foto: Pixabay.com

Reflexión

«Hasta setenta veces siete» responde Jesús a Pedro. El perdón es el principio de la fraternidad. El gran principio transformador en nuestro mundo no es otro que ofrecer la posibilidad de vivir reconciliados. Devolver siempre perdón que es la gracia de quien sabe que su vida se sostiene en Dios que es amor. El perdón no solo rehabilita a quien se sabe en deuda, ensancha el corazón de quien es capaz de no guardar rencor ni distancia alguna. De ahí que el texto evangélico nos diga expresamente que para perdonar no puede haber ni cálculo ni cansancio: setenta veces siete. O siempre. Si hay algo que en nuestro tiempo ofrezca un testimonio sin fisuras, es la capacidad de ser perdón para nuestros próximos, que son todos los próximos porque somos humanidad. Como todos los grandes signos de amor de nuestro Dios, el perdón es ofrecido, regalado, donado... no se exige que sea correspondido. De ahí que vivir con el corazón reconciliado no pase, necesariamente, por recibir el abrazo de quien te haya ofendido. Aunque en ti no ha de quedar resto de rencor.

Oración

La sangre del justo
y la del malvado
pasan por tu mismo corazón.
La espalda del que golpea
y la que recibe el latigazo
son parte de tu mismo cuerpo.
En tus lágrimas lloran
el dolor del bueno
y la confusión de su agresor.
Tu misma ternura abraza
el rostro de tu madre María
y el del soldado que te clava.
En tu corazón no hay excluidos,
en tu cuerpo todos cabemos,
en tus lágrimas todos lloramos,
en tu ternura todos existimos.
¡Déjame entrar contigo,
Señor, en tu misterio,
y vivir en el hogar de tu pasión
donde reconcilias lo imposible!
(Benjamín G. Buelta, sj)



Foto: Pixabay.com

Reflexión

El libro del Deuteronomio pone en boca de Moisés el recuerdo de los valores que sostienen al pueblo en la nueva tierra, en la alianza. Nuestro caminar como cristianos se sostiene en la misma seguridad: la alianza. Es el compromiso firme de nuestro Dios que jamás abandona a aquellos por quienes opta. Por nosotros sus hijos. Es en la Alianza donde encontramos la fuente de la verdad y de la posibilidad de la fraternidad; es la conciencia de Alianza la que constantemente nos impulsa a una expresiva sinodalidad en la que nos sabemos capaces de caminar unidos quienes nos creíamos distantes y diferentes. La Alianza no se sostiene en la fuerza de voluntad. No podemos llegar a construir fraternidad únicamente sostenida en la obligación, la alianza se sostiene en la memoria de la liberación, la gracia y libertad compartidas. Así Moisés dice al pueblo... **«guárdate bien de olvidar las cosas que han visto tus ojos y que no se aparten de tu corazón mientras vivas»**. Que no se aparte la gracia de la Alianza de nuestras vidas que nos impulsa a hacer posible el encuentro y la solidaridad verdaderas.

Oración

Todo se mueve y se renueva.
Se mueve el sol, la luna y la tierra,
el átomo y la estrella.
Se mueve el aire, el agua, la llama, la hoja.
Se mueve la sangre, el corazón,
el cuerpo, el alma.
Todo se mueve, nada se repite.
Todo es calma y danza,
quietud en movimiento.
Lo que no se mueve se muere,
pero incluso en lo que muere todo se mueve.
Se mueve el Espíritu de Dios,
energía del amor,
verdor de la Vida.
Se mueve Dios, el Misterio que todo lo mueve
y lo impulsa al amor y la belleza.
Déjate llevar.
(José Arregui)



Foto: Freepik

Reflexión

La esencia de la alianza es la fidelidad y esa la tenemos garantizada de parte de Dios. **«Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo»** es el mensaje. Y esa Alianza no se romperá jamás, a pesar de los vaivenes con que el pueblo responda a la presencia/ausencia de Dios. Desde ahí hemos de entender la Alianza porque no se trata de una relación simétrica, sino desproporcionada. Cuando pretendemos que las personas respondan con la perfección de quien crea la Alianza, nos olvidamos de la condición antropológica de estar siempre necesitados o mendicantes de una misericordia imprescindible porque nunca llegaremos a corresponder a la gracia recibida. Nuestro Dios es Dios amor porque se entrega de una manera absoluta, constante e inequívoca en su condición de Padre; nosotros respondemos a esa gracia recibida acogiendo, intuyendo y siguiendo con la certeza de que nunca nuestra respuesta será del todo limpia. Extrapolando la relación Padre-persona a la construcción de la fraternidad, nos ayuda saber que la condición del ser humano es la no perfección para no exigirnos, artificialmente, unas relaciones que jamás podrán darse entre nosotros con la mirada limpia y trascendente de Dios. Un componente esencial de la Alianza, por tanto, es la paciencia con la que el pueblo ha de dejarse construir como pueblo de Dios. Cada vez más convencido y atento al cuidado de quien es Amor.

Oración

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!
¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!
(Félix Lope de Vega)



Foto: Freepik

Reflexión

Celebramos hoy la Anunciación del Señor o la fe de María, que bien pudiera ser el título de esta solemnidad. Como sabemos, de María se nos dice bien poco en los evangelios. Pero de lo que se nos dice no sobra una coma. Nos refleja la actitud de una mujer capaz de dejarse mirar por Dios. No conoce ni el desenlace ni las consecuencias, solo sabe que se fía, que cree lo que se le dice y que pone su seguridad y esperanza en manos de quien es la Palabra verdadera.

Es muy significativo como en el texto bíblico se nos indica que María «**se turbó grandemente**» porque no sabía qué saludo era aquel. Paradójicamente ese no saber de María es para nuestro hoy la mejor garantía. Estamos llamados a dejarnos hacer por una Palabra sorpresiva e inesperada, por eso el ejemplo de María nos hace posible para todos un camino desconocido y nuevo más allá de toda previsión. Inaugura María un nuevo estilo de relación y pertenencia para la humanidad; con su aceptación posibilita y hace real una fraternidad que supera todo cálculo humano. Pero como en su momento, también la fraternidad hoy es una experiencia abierta, sin calculo. No sabemos dónde nos va a llevar ni qué consecuencias puede tener. Solo sabemos que quien nos convoca a ella es la garantía y presencia. A cada uno de nosotros nos resta responder: aquí estoy.

Oración

Decir tu nombre, María,
es decir que la Pobreza
compra los ojos de Dios.

Decir tu nombre, María,
es decir que la Promesa
sabe a leche de mujer.

Decir tu nombre, María,
es decir que nuestra carne
viste el silencio del Verbo.

Decir tu nombre, María,
es decir que el Reino viene
caminando con la Historia.

Decir tu nombre, María,
es decir, junto a la Cruz
y en las llamas del Espíritu.

Decir tu nombre, María,
es decir que todo nombre
puede estar lleno de Gracia.

Decir tu nombre, María,
es decir que toda suerte
puede ser también Su Pascua.

Decir tu nombre, María,
es decirte toda Suya,
Causa de Nuestra Alegría.
(Pedro Casaldáliga, cmf)



Foto: Catholic.com

Reflexión

El evangelio de san Lucas nos manifiesta la identidad del discípulo. Es aquel que tiene necesidad de perdón: **«ten compasión de este pecador...»**. No hay otra. No hay más. Debería ser más que suficiente esa conciencia para purificar nuestras palabras, gestos y cultos. Para encontrarnos de una manera definitiva con la verdad. Sin embargo, es demasiado frecuente nuestro pecado de soberbia; la capacidad para «contar y sumar» cuánto hacemos por Dios. La fuerza evangelizadora de nuestras comunidades y de quienes en ellas estamos queda disminuida porque magnificamos sobre manera todos nuestros «trabajos al servicio de la fe». Ahí radica nuestra incapacidad para aceptar críticas o para reconocer que en nosotros no todo es bueno, ni santo, ni purificado. Ahí se sitúa nuestro disimulo ante el pecado y en llamar a las cosas por su nombre. Hoy descubrimos que Jesús no se escandaliza de nuestra identidad y especialmente no lo hace cuando con humildad reconocemos que todo lo bueno que sale de nuestra vida es solo y exclusivamente consecuencia de su gracia y no de nuestro poder.

Oración

Cántame las verdades de mi vida.
Oídas de tus labios
no sonarán a cálido reproche,
sino a amor que me acepta desgarrado.
Cántame las verdades.
Acostumbro diariamente a caer en el engaño
de condolerme de mis propios lutos
y, sin criterio, disculpar mis fallos.
Miro tanto las faltas de los otros...
Tantas recetas doy que yo no hago...
Dime cómo me ves, Tú que me abarcas
con tus ojos eternos de milagro.
No perderé los ánimos. Tú sabes
corregir con amor. Lleva tu mano
a las secretas llagas. Vamos, cántame
las verdades que sanen mis pecados.
(Luis Carlos Flores Mateos, sj)

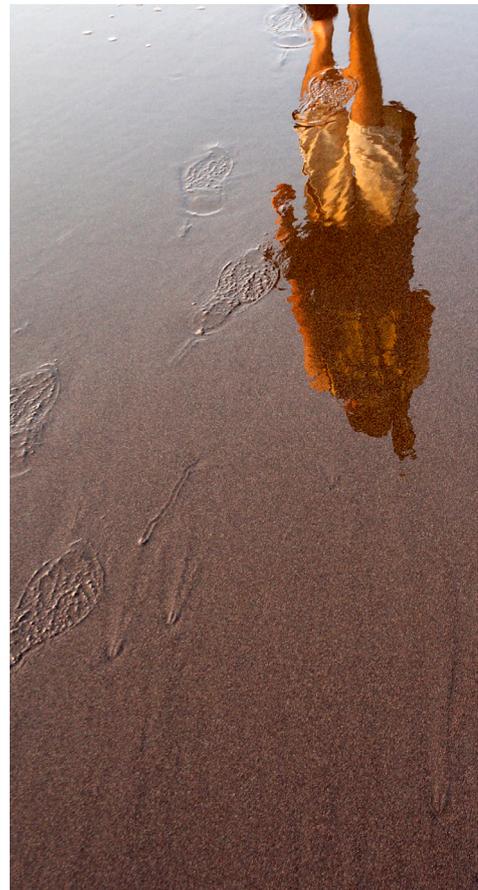


Foto: Catholic.com

Reflexión

«**Si no veis signos y prodigios, no creéis**» es la sentencia de Jesús ante la incredulidad porque los ojos no suelen reconocer a un profeta en su tierra. No es la primera vez que se presenta esta situación, pero tenemos que reconocer que estas cosas, siguen ocurriendo. Nos cuesta creernos, reconocernos y apoyarnos. Y esta es la mayor dificultad de la fraternidad y el mayor signo de realización cuando se logra. El reconocimiento del otro abre y posibilita los dinamismos cordiales de la Palabra cuando se hace vida. Dios nos regala la riqueza de hermanos y hermanas, bien diferentes a nosotros, pero complementarios y capaces de enriquecer nuestra búsqueda y fe como creyentes. Es un día muy propicio para agradecer el don y la riqueza que para cada uno de nosotros son los próximos.

Oración

Señor:
Tú llegas a nuestro mundo
y nos invitas a abrir la puerta
de nuestro corazón
a todos los hombres.
Tú ya nos dijiste
que eres Tú quien viene
cuando alguien llama
a nuestra puerta.
Tu palabra es ésta:
"He aquí que estoy a la puerta y llamo.
Si alguno oye mi voz
y abre la puerta,
Yo entraré y cenaré con él
y él conmigo".
Señor:
que sepamos escuchar tu voz,
esa voz que nos llega
por nuestros hermanos.
Que abramos la puerta
para acogerte a Ti,
y en Ti a todos los hombres.
(Pastoral/SJ)



Foto: Freepik

Reflexión

El evangelio de san Juan nos describe hoy la piscina de Betesda. El ambiente y la vida. Grupos de amigos y afines que, ante la necesidad y el dolor, también saben ayudarse. En medio de esa escena, Jesús repara en alguien que está solo. Su parálisis no solo es incapacidad para moverse, sino incapacidad relacional: no tengo a nadie que me meta en la piscina, le dice a Jesús. Y esa es la cuestión. La opción de vida cristiana que construye fraternidad no permite que nadie esté solo, se sienta solo o se sepa solo. La soledad es, paradójicamente, una de las consecuencias más evidentes de nuestra sociedad híper-comunicada. Infinidad de hombres y mujeres en nuestro mundo esperan la salvación que se manifieste en una palabra amiga, un gesto cercano, una caricia o una mirada de apoyo. Así un día y otro. Así cada instante. Los cristianos que escuchan la Palabra y la hacen vida encuentran en ella el impulso para ofrecerse como signo, real o impostado, de una fraternidad universal que recuerde a cada enfermo de soledad que su vida es importante y tiene sitio en la comunión.

Oración

Un día escogí ser
reflejo sin sol,
agua sin fuente,
voz sin garganta
y me perdí en mí.
Tú me guardaste,
sol en tus ojos,
agua en tus manos,
voz en tu oído
y me encontré en ti.
Desde entonces,
Tú me iluminas,
Tú me fecundas,
Tú me pronuncias
y te encuentro en mí.
Yo solo, ¿qué puedo ser?
(Benjamín González Buelta, sj)



Foto: Freepik

Reflexión

«¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré». Pocas expresiones tan fuertes como esta que encontramos en el profeta Isaías para describirnos la fidelidad de Dios. La dificultad del ser humano para mantenerse esperanzado es evidente. Las circunstancias de la vida nos conducen hacia situaciones en las que podemos sentir cómo la seguridad en Alguien que se cuida de nosotros desaparece. Esta falta de confianza está en la base de la debilidad de la fraternidad. Al perder la confianza en quien sostiene la Alianza, ésta se rompe en la vinculación con los hermanos y hermanas que la expresan. Las rupturas fraternas, las disensiones y los conflictos encuentran su reparación justamente recordando y recobrando la confianza en quien convoca. Los capítulos de culpas y reproches por lo que no hemos sabido o querido ofrecernos conducen a hacer más hondas las zanjas de la fraternidad. Saber que quien nos ha convocado a ella jamás cesará en su llamada y posibilidad para construirla, es la mayor garantía de nuestra capacidad para vivir al servicio del encuentro, la acogida y la reconciliación.

Oración

Señor, mi Dios, quiero ser como un niño.
A veces no sé bien lo que eso significa,
pero me pongo en tus manos,
me abandono.

Consuélame en mis heridas,
anímate en mis cansancios,
envíame a los heridos y cansados
para que yo sea tu unguento y tu fuerza
en medio del mundo necesitado.

(Francisco J. Jiménez Buendía, sj)



Foto: Freepik

Reflexión

«**Se han hecho un becerro de metal**». Cuántas veces hemos usado esta expresión. Cuántas veces la hemos visto palpable en algunas decisiones de nuestra sociedad y también en cada uno de nosotros. Cuántas realidades han venido a ocupar el lugar de Dios haciendo más profunda la soledad del ser humano. Seguramente hemos de reconocer que siempre está presente la tentación de fabricarnos respuestas, hacer un uso interesado de la voz de Dios o incluso llegar a pensar que nada como ir tomando uno mismo las decisiones que, en cada momento, le parezcan honestas y oportunas. Son muy variados los rostros de la idolatría... pero todos, en el fondo, traicionan la adhesión real al Señor de nuestras vidas.

Es un buen día de cuaresma para no buscar gestos idolátricos fuera de nuestra comunidad. También los que buscamos la fraternidad podemos estar utilizando el nombre de Dios para hacer nuestra voluntad construyendo infinidad de «becerros» que nos alejan de la libertad del discípulo y oscurecen el testimonio de la fraternidad.

Oración

En medio de la sombra y de la herida
me preguntan si creo en Ti. Y digo:
que tengo todo, cuando estoy contigo,
el sol, la luz, la paz, el bien, la vida.

Sin Ti, el sol es luz descolorida.

Sin Ti, la paz es un cruel castigo.

Sin Ti, no hay bien ni corazón amigo.

Sin Ti, la vida es muerte repetida.

Contigo el sol es luz enamorada
y contigo la paz es paz florida.

Contigo el bien es casa reposada
y contigo la vida es sangre ardida.

Pues si me faltas Tú, no tengo nada:
ni sol, ni luz, ni paz, ni bien, ni vida.

(José Luis Martín Descalzo)



Foto: Freepik

Reflexión

«**El Señor está cerca de los atribulados**» respondemos hoy en el salmo responsorial. Y es, sin duda, una gran certeza. Quien ha perdido toda seguridad encuentra en Dios la seguridad insegura de quien cuida su vida. La tribulación no es imprescindible para encontrar a Dios y, por supuesto, nuestro Dios no goza con que sus hijos estén atribulados. Pero qué gran verdad es que la conciencia de necesidad abre las entrañas de la fe y la visión del corazón para llegar a Dios. No es Dios una necesidad para quienes se creen satisfechos o confortados con los resultados que la vida les proporciona, pero sí es el padre que comprende y conforta toda inquietud e incógnita que en su vivir encuentran sus hijos.

Nuestra humanidad camina evidentemente hacia Dios. Lo hace en conjunto, con muchos signos de fraternidad y consuelo; con anti signos de egoísmos y auto-destrucción. Los cristianos somos aquellos que subrayamos los signos de bien y búsqueda y quienes con el testimonio de nuestra propia vida, conscientes de la debilidad, decimos a toda la humanidad que la dificultad, debilidad y pecado nos acercará al encuentro con quien es la salud del mundo.

Oración

Que seamos, Señor,
manos unidas
en oración y en el don.

Unidas a tus Manos
en las del Padre,
unidas a las alas fecundas
del Espíritu,
unidas a las manos
de los pobres.

Manos del Evangelio,
sembradoras de Vida,
lámparas de Esperanza,
vuelos de Paz.

(Pedro Casaldáliga, cmf)



Foto: Freepik

Reflexión

El profeta Jeremías nos deja en la primera lectura de la celebración de hoy la «viga» sobre la que se asienta la fraternidad. **«Yo, como manso cordero»** dice el profeta refiriéndose a Jesús. La transformación de nuestro mundo no sobrevendrá gracias a las ideas mejor argumentadas o a los sistemas mejor justificados. El diálogo de la fe con la cultura no acontece en un espacio plano donde se confrontan verdades. La fraternidad es la ofrenda de la alternativa, la novedad, lo no previsto. Aquello que carece de justificación desde la razón o razones que mueven los intereses de la humanidad.

La fraternidad la desencadena el amor y éste es un valor intrínsecamente unido a Dios, a su forma de cuidar y sustentar la vida y la humanidad. Por eso el testimonio creyente de nuestro tiempo no consistirá en dulcificar expresiones graves del evangelio, sino en hacer sensible y vital que mostrarse manso, buscar el encuentro, acogida y valoración de los diversos, es nuestra opción. Y es la que mejor anuncia el Reino.

Oración

Te pedimos la paz que nos es tan necesaria
como el agua y el fuego, la tierra y el aire.
La paz que es perdón que nos libera
de la rabia y la ira, de la envidia y la sangre.
La paz que es amnistía de presos y exiliados
que desean un hogar más digno y estable.
La paz que es libertad, la vida siempre abierta
en la casa y en la fábrica, en la plaza y la calle.
La paz que es el pan amasado cada día
que se rompe en la mesa con júbilo y con hambre.
La paz que es la flor de tu reino que esperamos
y que hacemos más bello y cercano cada tarde.
Te pedimos la paz y a nosotros nos pedimos
porque somos hermanos y Tú eres nuestro Padre.
(Victor Manuel Arbeloa)



Foto: Freepik

Reflexión

«**Nada temo, porque tú vas conmigo**» respondemos en el salmo de este día. Y es la respuesta que nace de la fe. El camino de la vida forma parte de la realidad del ser humano. Y ese camino lo ha de transitar. Ha sido demasiado frecuente la imagen distorsionada de un Dios solucionador. Casi tan peligrosa como la de Dios justiciero, sostenido en el complejo de quienes no saben lo que es el perdón.

Dios presente en la vida del ser humano renueva constantemente su Alianza de compromiso para hacer el trayecto de la vida con cada uno de sus hijos. Lo vive con nosotros y, ciertamente, sostiene la esperanza, porque posibilita que el temor no se apodere de cada paso de la existencia.

Hoy suplicamos a Dios que nos acompañe y enseñe para que entendamos en qué consiste vivir en Alianza. Le pedimos incluso que no nos quite la dificultad, pero sobre todo le suplicamos que viva con nosotros cada paso de la existencia, porque así, es como podemos proclamar vivencialmente que nuestra vida es confianza y es la que nos posibilita caminar sin temor.

Oración

Después, cuando menos lo esperas
aparece más fresca la vida.

Y cuanto más alto miras,
cuanto más te sorprendes
más pequeño, más de rodillas
eres ante Dios.

Después, cuando menos lo esperas
el tiempo ha marcado su ritmo,
y un sendero por dentro
ha tejido otra entraña más viva.

Entonces apareces más hermano,
más hijo, más... de rodillas.

Es casi sin querer, al compás del deseo,
de la ilusión, como el hombre
va haciéndose criatura,
más a la imagen
del corazón del amor.

Y después, cuando menos lo esperas
no puedes menos que querer de rodillas.

(Isidro Cuervo, sj)



Foto: Freepik

Reflexión

Es una incógnita real por qué se conjugaron una cadena de despropósitos que confluyeron en la condena de un inocente: Jesús. Desde el punto de vista racional es desconcertante; desde el punto de vista creyente es imprescindible. Solo después de culminar la condena **«sabréis que "Yo soy"»**, dice Jesús en el evangelio de hoy. Estamos en días muy próximos a la pasión y muerte del Señor. Estamos en las jornadas en las cuales, también nosotros, nos vamos situando en ese escenario en el cual pasa toda nuestra existencia buscando respuestas y razones. Nada como el proceso de Jesús para confrontarnos con nuestras verdades y nuestras medias verdades. Para entender el sentido de las palabras y los silencios desde los cuales construimos y ofrecemos nuestro seguimiento y testimonio de vida. Ningún escenario como ponernos libremente en el proceso de Jesús y reconocer que también nuestro silencio cobarde ha contribuido a hacer necesario el desconcierto de la cruz. Necesitamos asumir vivencialmente la paradoja de reconocer en la cruz el signo capaz de devolvernos el auténtico sueño de fraternidad, porque hoy, como ayer, es el lugar en el que muchos inocentes nos interrogan preguntándonos qué verdad hay en nuestra vida.

Oración

En tu cruz, Señor, sólo hay dos palos,
el que apunta como una flecha al cielo
y el que acuesta tus brazos.
No hay cruz sin ellos y no hay vuelo.
Sin ellos no hay abrazo.
Abrazar y volar. Ansias del hombre en celo.
Abrazar esta tierra y llevármela dentro.
Enséñame a ser tu abrazo.
Y tu pecho. A ser regazo tuyo
y camino hacia Ti de regreso.
Pero no camino mío,
sino con muchos dentro.
Dime cómo se ama
hasta el extremo.
Y convierte en ave la cruz que ya llevo.
¡O que me lleva!
porque ya estoy en vuelo.
(Ignacio Iglesias, sj)

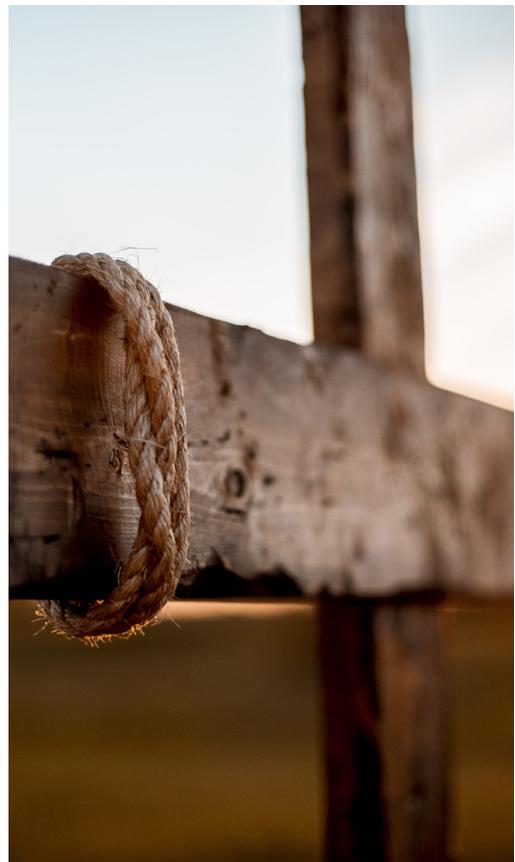


Foto: Freepik

Reflexión

La lectura del profeta Daniel incide en la libertad que acompaña la vida de los testigos. La libertad de quien sabe que su respaldo es solo Dios. Ser buenos cristianos se apoya en la responsabilidad de ser buenos ciudadanos. Saber convivir es un espacio de responsabilidad donde crece la fraternidad. Sin embargo, la libertad de los hijos de Dios siempre provocará un punto de profecía que supera incluso la justicia social, porque va más allá y reivindica la caridad que hace posible incluso el bien, aunque no haya merecimiento.

La fraternidad cristiana para tener vida no se puede conformar con la sociedad justa, sino que ha de vivir la sociedad reconciliada, convocada en la libertad sin cortapisa, ni reduccionismo social. La alternativa del Reino es siempre incómoda para una sociedad que cuida y justifica el mérito, las diferencias y el valor del mercado. Es una propuesta desconcertante, incluso incómoda para aquellos que se tienen por justos, porque reivindica los caminos de Dios y éstos siempre son insospechados para quien se cree en posesión de la verdad y su justicia.

Oración

Quien diga que Dios ha muerto
que salga a la luz y vea
si el mundo es o no tarea
de un Dios que sigue despierto.

Ya no es su sitio el desierto,
ni en la montaña se esconde;
decid, si os preguntan dónde,
que Dios está sin mortaja
en donde un hombre trabaja
y un corazón le responde.

(José Luis Blanco Vega, sj)

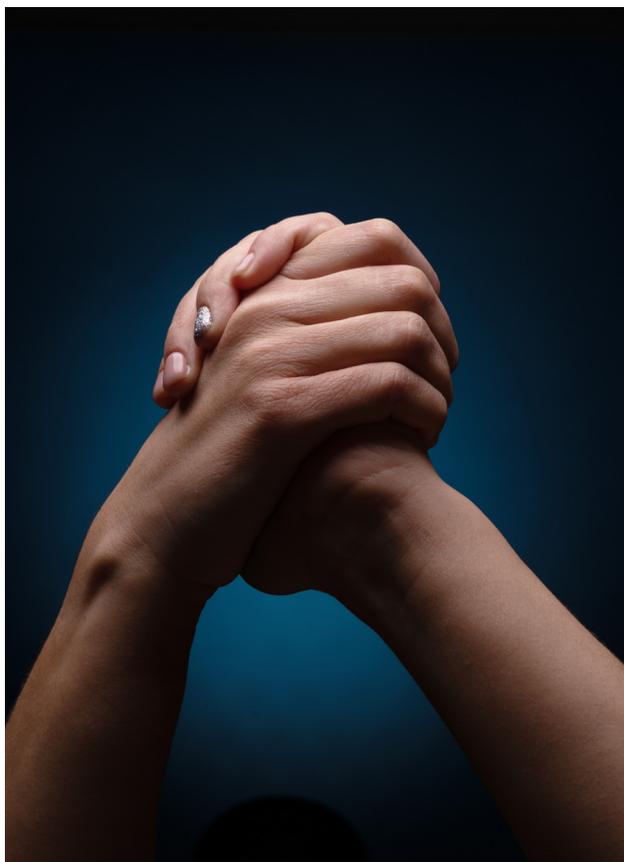


Foto: Freepik

Reflexión

Si hay algo desconcertante para el ser humano es entender en qué consiste la fecundidad para Dios. Nuestra comprensión del bien y la posibilidad nada tienen que ver con las promesas que Dios nos hace con su Alianza. El desconcierto puede ser grave hasta llegar a pensar que todo es una vana ilusión. El libro del Génesis nos obliga hoy a pensar en esa fecundidad desconcertante de nuestro Dios. Le dice al anciano Abrahán: **«Te haré fecundo sobremanera»**. Y ante semejante propuesta lo único que cabe es la respuesta en fe, porque en la vida de Abrahán, intuimos, no había muchas razones objetivas para la comprensión de esa fecundidad.

La fecundidad que nos proporciona nuestro Dios, sin embargo, es real. Es otra visión que nos capacita para entender que son otros caminos, otros valores y otras búsquedas las que, en verdad, sostienen nuestra felicidad. Es una fecundidad real porque no se sustenta en el efecto multiplicador de beneficios, sino en un corazón que se ensancha constantemente al ver, de manera palpable, que también hoy, en esta era, sigue revelándose una novedad tan grande que nos permite leer la vida como misión y el mundo como fraternidad.

Oración

Jesús compañero y amigo,
haz de nosotros instrumentos de tu paz,
donde hay odio, pongamos amor,
donde hay ofensa, pongamos perdón,
donde hay error, pongamos verdad,
donde hay desesperación,
pongamos esperanza,
donde hay tinieblas, pongamos tu luz,
donde hay tristeza, pongamos alegría,
donde hay egoísmo, pongamos generosidad.

Que no busquemos tanto
ser consolados como consolar,
ser comprendidos como comprender,
ser amados como amar,
ser ayudados como ayudar.

Porque dando se recibe,
olvidando se encuentra,
perdonando se es perdonado,
muriendo se resucita a la vida eterna.

(Francisco de Asís)



Foto: Freepik

Reflexión

La confianza en Dios te lleva a entender que, efectivamente, sondea las entrañas y el corazón. La experiencia de fe se sitúa en la profundidad del ser humano. Por eso, la construcción de la fraternidad, nos exige y posibilita reconocer el valor de cada persona. En la profundidad de su vida está el mismo Dios posibilitando la realización y el encuentro de los valores más sublimes y verdaderos. No se trata, evidentemente, de un «buenismo» que nos separe de la verdad evangélica de buscar el bien, sino del reconocimiento de cada persona como hijo de Dios y su búsqueda honesta de la verdad.

La comunidad respira en los valores de la sinodalidad cuando para encontrar el itinerario a seguir se fortalece el diálogo, la escucha y el discernimiento. La comunidad languidece cuando pretendemos el pensamiento único, el silencio como adhesión y la fraternidad como sometimiento. Siempre es un riesgo, pero nuestra propuesta de fraternidad al mundo debe ser el signo débil de quienes se saben necesitados constantemente de perdón y ayuda, más que de satisfechos que al ofrecer el bien están diciendo a los demás lo alejados que están del Reino.

Oración

Si puedo hacer,
hoy, alguna cosa,
si puedo realizar
algún servicio,
si puedo decir algo
bien dicho,
dime cómo hacerlo, Señor.

Si puedo arreglar
un fallo humano,
si puedo dar fuerzas
a mi prójimo,
si puedo alegrarlo
con mi canto,
dime cómo hacerlo, Señor.

Si puedo ayudar
a un desgraciado,
si puedo aliviar alguna carga,
si puedo irradiar más alegría,
dime cómo hacerlo, Señor.

(Greville Kleiser)



Foto: Freepik

Reflexión

La propuesta de fraternidad de Dios supera cualquier previsión. **«Recogeré a los hijos de Israel de entre las naciones adonde han ido»**, nos dice en la primera lectura de hoy. Será la voluntad de Dios la que establezca los límites de la fraternidad. Tanto como decir que no tendrá límites porque seremos buscados, todos, allí donde estemos.

Esa visión universal de nuestro Dios, esa llamada constante más allá de los límites y perezas de nuestras culturas nos ayuda a entender cómo es el corazón de un Dios-Padre que convoca a la humanidad al encuentro y la reconciliación. Las grandes heridas de la fraternidad se sitúan en nuestras divisiones y rupturas; en nuestras fronteras y repartos calculados de miserias.

Aquellos y aquellas que comprometan su vida con la fraternidad reciben la capacidad para relacionarse con la creación dejándose reconstruir para la reconciliación; reconocen que el amor de Dios supera todo cálculo y disfrutan cuando los bienes llegan a aquellos que frecuentemente han sido separados de ellos. Y esta visión de justicia del Reino, la empiezan a vivir con sus próximos y en las decisiones de su vida privada.

Oración

¿Que no soy mística
porque canto en el suburbio?
Y canto en el suburbio
porque en él veo a Cristo.
No soy mística
porque siempre me río
y siempre me río...
¿qué me importa lo mío?
Yo no puedo pararme en la flor,
me paro en los hombres
que lloran al sol.
Nadie sabe lo lírico que es,
un mendigo que pide de pie.
Nadie sabe sentir al Señor,
cantando la aguja, la mina, la hoz.
Yo me hundo en lo espiritual
haciendo un poema en el arrabal.
En lo oscuro me alumbre la vid
que lo místico mío es reír.
(Gloria Fuertes)



Foto: Freepik